

— ¿Tú no nos delatarás, verdad?

— ¡Por la memoria de mi madre, no!, respondió la griega. Pero ruega á Dios que Ursus logre sacarte del palacio.

Los ojos azules é infantiles del esclavo centellearon de alegría. No podía, por empeño que pusiese en ello, proponer un medio; pero llevar á la práctica lo que Licia proponía, ¡eso sí! Día ó noche le eran indiferentes: deseaba ir á encontrar al obispo, porque el obispo sabía leer en el cielo lo que era posible y lo que no lo era. Además, él mismo escogería los hombres que conviniesen á su empresa, pues conocía muchos cristianos entre los esclavos, los gladiadores y los libertos, así en la Suburra, como al otro lado del puente. Podía reunir, si quisiera, un millar. ¡Quería libertar á Licia y huir con ella lejos de Roma! Quizás, andando hasta el fin del mundo, llegarían á su país, donde nadie conocía Roma.

Cerró los ojos como para ver con mayor claridad el porvenir.

— ¡En el bosque! ¡Ah! ¡Qué bosque!, rugió el terrible licio.

Después dijo con entereza:

— Quiero ir al encuentro del obispo. Esta noche aguardaré el paso de la litera con unos cien hombres. Ni esclavos ni pretorianos podrán arrebatarne á mi dueña. ¡Ay del que caiga bajo mi puño! ¿De qué le servirá la armadura de hierro? ¡Mi mano destroza el hierro y la cabeza que éste cubre!

Licia levantó un dedo con infantil seriedad.

— ¡Ursus, tú no matarás!, le dijo.

Ursus levantó su brazo poderoso, afirmando que á toda costá había de salvarla. Ella misma se le había confiado. Si sucediese algo contra su voluntad, se arrepentiría y rogaría con fervor á Dios que le perdonase. ¡Sus manos eran tan pesadas!

Las palabras del esclavo demostraban el gran afecto que sentía por Licia; pero no queriendo hacer alarde ni de su cariño, ni de su fuerza, se inclinó respetuosamente, diciendo:

— Ahora voy en busca del obispo.

Acté, llorando, se abrazó al cuello de Licia. Por segunda vez, la liberta vislumbraba un mundo en cuyos dolores se encontraba más dulzura que en los placeres y en el bullicio del palacio imperial. La puerta que la separaba de la verdad y de la luz se había abierto en parte; pero, al mismo tiempo, se consideraba indigna de pisar los umbrales.

IX

Licia estaba afligidísima por tener que alejarse de Pomponia Grecina y abandonar la casa de Aulo. Pero, ¿qué hacer? La idea de renunciar, por amor á la verdad, á las comodidades y placeres de la vida y comenzar una existencia de sufrimientos y privaciones, le producía una satisfacción íntima muy grande.

Tal vez no era extraña á este sentimiento cierta infantil curiosidad por saber lo que era la vida en aquellas lejanas tierras, entre los bárbaros y las fieras. Más que otra cosa, no obstante, la impulsaba la fe sincera y profunda con que seguía el camino que le trazaba su Divino Maestro, y la convicción de que Él velaba por ella como por una de sus predilectas criaturas. ¿Qué era lo que podía dañarla? Quería sufrir, sufrir en su nombre; si moría, Él la acogería en su seno, y un día, cuando también sonase para Pomponia la hora suprema, se reunirían ambas en la eternidad.

Cuando aún se hallaba en casa de Aulo, más de una vez sufrió su corazón infantil porque, siendo cristiana, no había podido hacer nada por aquel Crucificado de que hablaba Ursus con sin igual ternura.

Pero había llegado, por fin, el momento. Licia se consideraba feliz y empezó á hablar con Acté de aquella felicidad, que la liberta no podía comprender. Abandonarlo todo: la casa, la ciudad, los jardines, los templos, los pórticos, todo lo bello; dejar á las personas queridas..., ¿por qué? Por no entregarse al amor de un guerrero joven y hermoso. Acté no lo comprendía, y, al mismo tiempo, veía que Licia tenía razón, que miraba hacia una felicidad inefable, imperecedera; pero no podía darse cuenta exacta, mucho menos reconociendo el peligro á que se exponía Licia y que podía costarle la vida. Acté, tímida por naturaleza, pensaba con terror en lo que podía suceder aquella noche, pero no se sentía inclinada á comunicar á Licia sus preocupaciones. Más tarde procuró persuadir á la joven de que debía reposar. No se negó Licia, y ambas se dirigieron al *cubiculum*, que, gracias á las antiguas relaciones de Acté con Nerón, era espacioso y estaba decorado con esplendidez. Se acostaron una junto á la otra; mas Acté, á pesar del cansancio, no lograba conciliar el sueño.

Entristecida y desgraciada desde largo tiempo, se sintió aquel día invadida por una intranquilidad inexplicable.

Su espíritu no encontraba paz ni consuelo. El respiradero, por donde entraba la luz, se abría y cerraba continuamente, y al fin la pobre, deslumbrada por aquel fulgor, no distinguía nada. Entreveía tan sólo un género de felicidad particular, una felicidad inconmensurable, ante la cual desaparecían todos los demás bienes. Le parecía que si Nerón, rechazando á Popea, volviese á su antiguo amor, esto no sería felicidad, comparado con lo que sentía. Pensó que aquel César, á quien amaba, á quien consideraba, á su pesar, como un semidiós, era tan digno de piedad como un esclavo, y que aquel palacio, con las columnas de mármol numídico, no era más

que un montón de piedras. Reflexiones tan tristes se hacían insoportables; tenía necesidad de dormir, pero el estado inquieto de su espíritu no se lo permitía.

Creía también que Licia, expuesta á tantos peligros, tampoco podía dormir, y por esto se volvió hacia ella para hablarle de su proyectada fuga.

Pero Licia dormía tranquilamente. En la oscura cámara, á través de los cortinajes entreabiertos, penetraban algunos rayos del sol matutino. Acté pudo contemplar el rostro fino y delicado de la durmiente, apoyado sobre el brazo redondo, con los ojos cerrados y la boca entreabierta. Respiraba sin dificultad.

— ¡Ésta duerme, puede dormir!, pensaba Acté. ¡Es aún una niña!

Después recordó que aquella niña prefería huir antes que convertirse en amante de Vinicio, y tenía fuerza de voluntad para renunciar á las cosas de la vida, á las fiestas, á los placeres, antes que sufrir la vergüenza y el deshonor.

— ¿Por qué?

Y miraba á Licia atentamente, como esperando leer una respuesta en su rostro inocente. Contemplaba su frente pura, el arco correcto y dulce de sus cejas, su hermosa cabellera, sus frescos labios, y pensaba y casi exclamaba:

— ¡Cuán distinta de mí!

Licia le parecía un prodigio, una predilecta de los dioses, una especie de aparición divina, cien mil veces más hermosa que todas las flores del jardín de César, que todas las estatuas del palacio. Al pensar en el peligro que amenazaba á la joven, se sintió invadida por una profunda compasión. Un sentimiento casi maternal le sacudía las fibras del corazón; no sólo le parecía bella, sino que la amaba con ternura; y poniendo sus labios sobre la frente de la joven, la besó afectuosamente.

Licia continuaba durmiendo tranquila, como en su casa, cuando la velaban los amorosos cuidados de Pomponia Grecina. Había pasado el mediodía, cuando, abiertos sus ojos azules, miró con sorpresa á su alrededor. Parecía no reconocer el sitio en que se hallaba, ni explicarse por qué no era aquella la casa de Aulo.

— ¿Eres tú, Acté?, dijo finalmente, descubriendo el rostro de la griega en aquella semiobscuridad.

— ¡Yo soy, Licia!

— ¿Es muy tarde?

— No, querida mía. Apenas ha pasado el mediodía.

— ¿Ursus no ha vuelto?

— No habló de volver, sino de esperar esta noche con otros cristianos la litera.

— ¡Es verdad!

Salieron del *cubiculum* y entraron en el baño, donde Acté misma sirvió á Licia; después de desayunarse, se encaminaron á los jardines del palacio, donde no había peligro que temer, hallándose durmiendo aún César y sus cortesanos predilectos.

Por primera vez en su vida veía Licia aquellos encantadores jardines, donde se erguían los cipreses, los pinos, las encinas; donde florecían los olivos y el mirto, y donde, entre las sombras oscuras, resaltaban blancos grupos escultóricos. Tranquilamente resplandecía el límpido espejo del lago; entre las malezas brotaban las rosas despidiendo gratos aromas y rociadas continuamente por los surtidores de las fuentes marmóreas; las grutas misteriosas, revestidas de hiedra y madreSelva, convidaban al reposo con su quietud solemne; blancos cisnes surcaban la transparente superficie del agua; gacelas domesticadas, procedentes de los desiertos africanos, y pájaros de pintado plumaje y de trinos alegres se movían y gorjeaban entre la verde profundidad del follaje y la blancura de los grupos marmóreos.

Los jardines estaban desiertos; sólo en un punto que otro trabajaba algún esclavo, canturriando en voz baja. Otros, á quienes se había concedido un rato de

descanso, yacían junto á la orilla del lago ó á la sombra de los bosquecillos, debajo cuyo denso ramaje apenas penetraban los rayos solares, y unos cuantos se ocupaban en regar las flores.

Acté y Licia recorrieron los jardines, admirando todas aquellas magnificencias, y aunque el estado de ánimo de Licia no era de absoluta tranquilidad, su misma inocencia y su edad hacían que no supiese resistir á la curiosidad ante cosas nuevas y desconocidas. Pensaba, por otra parte, que si César hubiese tenido buen corazón, habría sido muy feliz en aquel espléndido palacio y en aquellos jardines maravillosos. Cansadas las dos mujeres, sentáronse en un banco casi totalmente oculto entre un grupo de cipreses, tratando de lo que principalmente las preocupaba, esto es, de la fuga de Licia, en cuyo éxito Acté confiaba menos que aquella: pareciéndole el proyecto temerario y arriesgado, sentía crecer la piedad que le inspiraba Licia. «Mejor hubiera sido, pensaba, ir directamente á casa de Vinicio;» y á este propósito preguntó á la muchacha cuánto tiempo hacía que veía y trataba al joven tribuno, y si creía posible, á fuerza de ruegos, convencerle de que debía restituirla á los Plaucio.

Licia movía la cabeza, triste y desconfiadamente. ¡No! En casa de Aulo, Vinicio era otro. Desde la noche anterior ya no le conocía, antes bien le temía, y primero que verle, prefería huir adonde se hallaban sus gentes.

— ¿Pero en casa de Aulo te gustaba, verdad?, preguntó Acté.

— ¡Sí!, respondió Licia, bajando los ojos.

— Y tú no eras esclava, como lo era yo, dijo la griega después de unos momentos de reflexión; Vinicio podía casarse contigo; tú eres un rehén y la hija del rey de los licios. Aulo y Pomponia te aman como si fueras su hija; estoy segura de que te dotarían. ¡Te repito que Vinicio podría hacerte su esposa, Licia!

— ¡Prefiero huir!

— Licia, ¿quieres que vaya en seguida á casa de Vinicio, que le despierte, si duerme, y que le diga lo que á ti te he dicho? Sí, querida mía; quiero verle y decirle: «Vinicio, esta es la hija de un rey, es la hija adoptiva del célebre Aulo. Si tú la amas, vuelve junto á Plaucio y Pomponia, y llévatela de su casa como esposa tuya.»

Pero la joven, con voz débil, que Acté apenas oyó, repuso:

— ¡Prefiero huir!

Y dos lágrimas corrieron por sus pálidas mejillas.

Su conversación fué interrumpida por un rumor de pasos que se acercaban, y antes de que Acté tuviera tiempo de ver quién se aproximaba, apareció Popea Sabina con un corto séquito de esclavas, dos de las cuales sostenían sobre sus cabezas un grupo de plumas de avestruz unidas á doradas cañas, agitándolas á manera de abanicos y procurando defenderla de los rayos del sol de otoño. La precedía la hermosa nodriza egipcia, negra como el ébano, con una criatura en brazos, envuelta en paños de púrpura y oro. Acté y Licia levantáronse, creyendo que Popea pasaría junto al banco sin fijar su atención en ellas. Pero acercándose, dijo:

— Acté, los arillos que mandaste para la niña estaban mal unidos; la niña arrancó uno y se lo metió en la boca. Por fortuna, Lilita lo advirtió á tiempo.

— ¡Perdóname, oh divina!, respondió Acté, cruzando los brazos sobre el pecho é inclinando la cabeza.

Popea se fijó en Licia y preguntó, después de una pausa:

— ¿Quién es esta esclava?

— No es esclava, divina Augusta, dijo Acté, sino una protegida de Pomponia Grecina é hija del rey Licio, que la mandó á Roma como rehén.

- ¿Y ha venido para visitarte?
 - No, Augusta; desde hace dos días habita en palacio.
 - ¿Asistió anoche al banquete?
 - Sí, Augusta.
 - ¿Por orden de quién?
 - Por orden de César.

Popea miró á Licia con mayor atención. La joven estaba tranquila, con la cabeza inclinada, ya mirando á la recién llegada con ojos indagadores, ya bajando tímidamente las pupilas.

Pronto las miradas de Popea se hicieron torvas y hoscas. Celosa de la propia belleza y del propio poder, vivía con el constante temor de ser suplantada un día por cualquiera rival feliz, como le había sucedido á Octavia; por esto, todo semblante hermoso que aparecía en aquel palacio despertaba sospechas en su ánimo. Examinó detenidamente la figura de Licia, apreció la gracia y finura de sus líneas y sintió un vago temor.

- ¡Es una verdadera ninfa, murmuró, nacida de Venus!

Por primera vez en su vida conoció que su juventud iba al ocaso, y un sentimiento de vanidad ofendida, de viva intranquilidad, le atravesó el corazón, haciéndola estremecer.

Quizá Nerón no había visto á la joven ó su belleza le había pasado inadvertida. Pero ¿qué hubiera sucedido si hubiese descubierto aquella lozana y hermosa flor entre los esplendores de la fiesta? Además, no era una esclava, sino la hija de un rey de los bárbaros, es verdad, pero siempre rey. ¡Dioses inmortales! ¡Era tan hermosa como ella y mucho más joven! La arruga en el entrecejo se acentuó y sus ojos despidieron rayos de odio y venganza.

- ¿Has hablado con César?
 - No, Augusta.
 - ¿Por qué prefieres estar aquí á continuar en casa de Aulo?
 - ¡No depende de mí la elección, oh señora! Petronio indujo á César á sacarme de casa de Plaucio. Yo estoy aquí contra mi voluntad.
 - ¿Y volverías al lado de Pomponia?, preguntó Popea con voz tan dulce, que hizo renacer la esperanza en el corazón de Licia.
 - Señora, respondió, extendiendo hacia ella las manos, César prometió á Vinicio darme á él en calidad de esclava; pero tú implorarás gracia en mi favor y mandarás que me conduzcan de nuevo al lado de Pomponia.
 - ¿Petronio, pues, indujo á César á sacarte de casa de Aulo para entregarte á Vinicio?

- ¡Así fué, señora! Vinicio debe hoy mismo mandar á sus esclavos á buscarme; pero tú eres buena, tendrás piedad de mí.

Después de esta súplica, se inclinó y cogió la orla del vestido de Popea, esperando ansiosamente la respuesta. Popea la contempló largo rato, mientras una sonrisa perversa se dibujaba en sus labios.

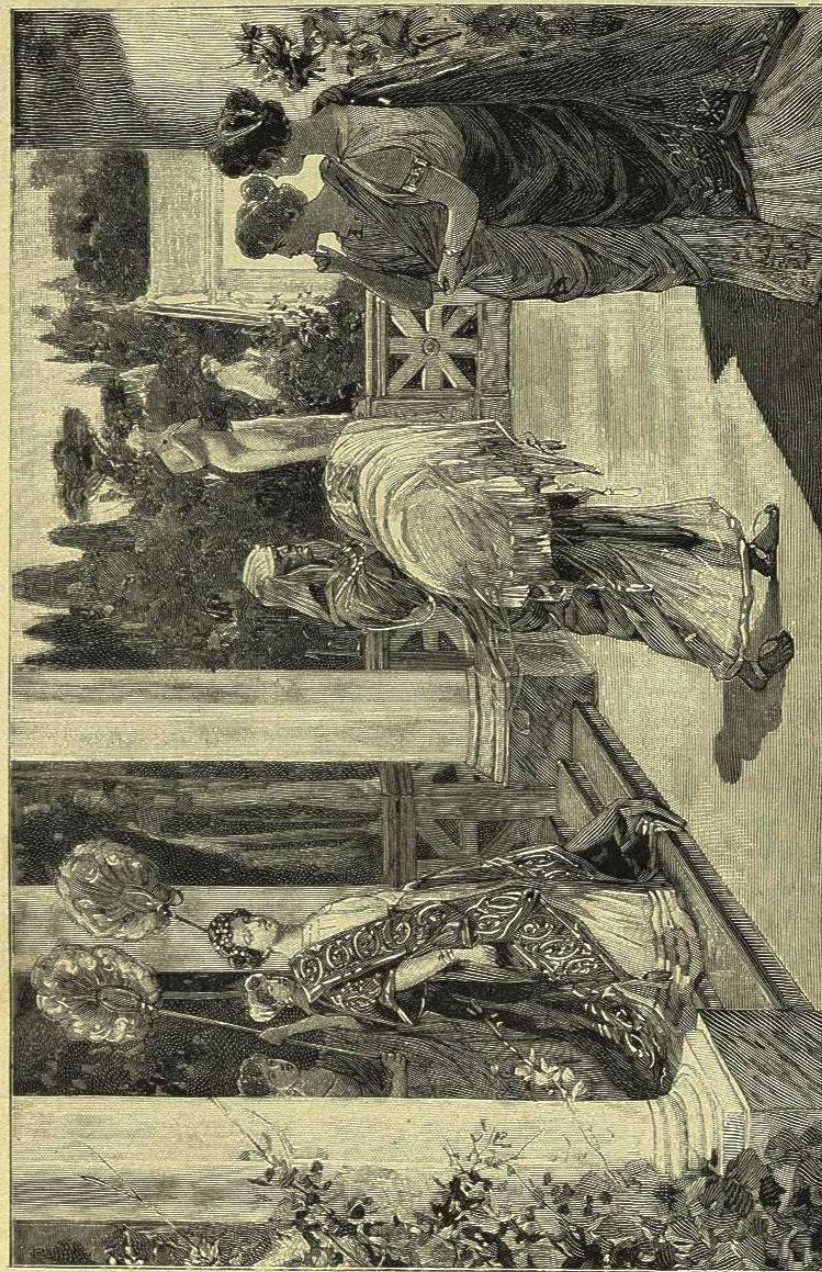
Gozándose en el daño que iba á causar, dijo con voz lenta:

- Te prometo que hoy mismo... serás la esclava de Vinicio.

Y se alejó, bella, pero terrible, como el genio del mal. A los oídos de Licia llegaron los gemidos de la niña, que en aquel momento comenzó á llorar.

- ¡Volvámonos! No debemos esperar auxilio más que de donde puede venirnos.

Y volvieron al atrio, permaneciendo allí el resto del día. Cuando la obscuridad invadió todos los ángulos y entraron los esclavos con los haces, las dos mujeres es-



La precedía la hermosa nodriza egipcia, negra como el ébano, con una criatura en brazos

taban pálidas y abatidas. Conversaban poco y á intervalos, escuchaban si alguien se acercaba, y Licia repetía que, por doloroso que le fuese abandonar á Acté, prefería precipitarse y salir aquel mismo día del estado de ansia en que se hallaba, y más sabiendo que Ursus la esperaba y podía salir á favor de las tinieblas.

A consecuencia de su agitación, respiraba con frecuencia y fatiga. Acté reunió febrilmente cuantas alhajas encontró á mano, y metiéndolas en un rincón del pepló de Licia, le rogó que las aceptase y se valiese de ellas en caso necesario.

Durante algunos minutos reinó un profundo silencio, interrumpido tan sólo por ruidos engañosos. Ya les parecía oír murmurar detrás de los cortinajes, ya oír el llanto de un niño ó los aullidos de un perro.

Pero, al fin, la figura de un hombre alto y fornido, con el rostro picado de viruelas, apareció en el atrio como un espíritu. Licia reconoció pronto en él á Atacino, un liberto de Vinicio, que también había estado en casa de Aulo.

Acté dió un grito; pero Atacino, inclinándose, dijo:

— Te saludo, divina Licia, en nombre de Marco Vinicio, que te invita á óparate un banquete en una casa engalanada para una fiesta.

Los labios de la doncella temblaron.

— ¡Voy!, respondió.

Y echando los brazos al cuello de Acté, se despidió.

X

La casa de Vinicio sonreía en medio de una fiesta de luz y de colores; las puertas y las paredes estaban adornadas con guirnaldas de hiedra y mirto; verdes pámpanos subían en espiral por las columnas. El atrio, adornado en lo alto con un toldo purpúreo, brillaba en fulgurante luz. Allí ardían candelabros de diez ó doce brazos, que representaban árboles, naves, animales, estatuas que sostenían conchas rellenas de aceites olorosos, labradas en mármol, en alabastro y en bronce dorado de Corinto. Mitigaban los resplandores de algunas luces cristales alejandrinos y estofas transparentes, rojas, azules, amarillas y moradas; así es que el atrio estaba inundado de todos los reflejos del iris. Por doquiera se esparcía el perfume del nardo: Vinicio lo empezó á usar en Oriente y lo gastaba siempre hasta el derroche. Las habitaciones y dependencias de servicio estaban también profusamente iluminadas.

En el triclinio se había colocado una mesa, preparada para cuatro personas, á la que debían sentarse, frente á Vinicio y Licia, Petronio y Crisotemis. Vinicio había seguido el consejo de Petronio y no fué en persona á buscar á Licia, sino que envió á Atacino, con el permiso concedido por César para recibirla en su casa.

Había decidido acogerla con todos los honores y con gran afabilidad.

— Ayer estabas borracho, dijo Petronio, lo vi. La trataste como lo hubiera hecho un picapedrero de los montes Albanos. No te precipites demasiado; piensa, por el contrario, que el vino bueno se bebe despacio. No olvides que si es dulce de-sear, más dulce es ser deseado.

Crisotemis tenía sobre este punto opinión propia y distinta; pero Petronio la llamó su vestal, su paloma, y se ciñó á explicar la diferencia que debía existir entre un auriga experimentado y el joven que se encontraba por primera vez sobre la cuadriga. Después, dirigiéndose á Vinicio, prosiguió:

— Procura ganarte su confianza, intenta reanimarla, sé generoso. Yo no quiero asistir á un banquete enojoso. Júrale, aunque sea por el averno, restituirla á Pomponia; y después, de ti dependerá que ella prefiera mañana permanecer á tu lado.

Luego, haciendo señas á Crisotemis, continuó:

— Tres años hace, poco más ó menos, que yo obro así con esta tímida paloma y... no puedo quejarme de su rigor.

Crisotemis le dió un golpecito con su abanico de plumas, diciendo:

— Pero yo no he resistido como Licia.

Vinicio no prestaba atención á sus bromas: el corazón le latía furiosamente bajo el traje de sacerdote siriaco, que se había puesto para recibir á Licia.

— Ahora deben haber salido del palacio, dijo casi entre dientes.

— Sí, respondió Petronio. Pero mientras llegan voy á hablaros de las profecías de Apolonio de Tiana ó de aquella historia de Rufino que, no sé por qué, nunca he podido terminar.